

DÍAZ, Elías, *Autobiografía en fragmentos. Conversación jurídico-política con Benjamín Rivaya*, Madrid, Trotta, 2018, 160 pp.

Semper nostra manet amicitia

El avance extraordinario de la Filosofía del Derecho en España es impensable sin la figura del profesor Elías Díaz. No es una expresión hueca o simplemente laudatoria, si se piensa en la sobresaliente producción investigadora actual en lengua castellana desde la transición política española cuando se produce el gran avance. Tras muchos años de influencia del magisterio europeo (Kelsen, fundamentalmente) sobre nuestra actividad docente e investigadora, logramos situarnos en el brillante nivel de ellos. Así fue no solo para realizar la más predominante y destacada filosofía del derecho analítica en lengua castellana sino también para efectuar aportaciones a la teoría crítica, con cuyos nexos argentinos, mexicanos e italianos Elías Díaz estuvo siempre abierto. De la lectura de este libro, queda claro que, en relación con Iberoamérica, hubo dos cabos de cuerda apropiados para trenzar el nudo marino entre las filosofías del derecho española y argentina, y que ambos fueron sujetados por Ernesto Garzón Valdés y Elías Díaz. Manuel Atienza sería el joven viajero que tensa esos cabos y hace el nudo. Si los avances no fueron posibles sin Elías Díaz, tampoco sería factible la amplitud de puntos de vista de la filosofía del derecho contemporánea española sin su apertura académica y su amplia curiosidad. Por ello, esta *Autobiografía en fragmentos*, escrita en la interpelación del también muy plural Benjamín Rivaya, tiene aire no solo de historia de vida de un muy destacado intelectual español sino también de génesis de la filosofía práctica que venimos realizando los filósofos de derecho. Al leerla, hacemos nuestra propia introspección, un ejercicio de autoanálisis de nuestra misma concepción como filósofos del derecho. Si bien el diván es paradójico, pues al leer esta autobiografía, nos habla y nos inquiere el terapeuta y el padre. Inevitablemente, la filosofía del derecho española más conservadora tuvo que modernizarse paulatinamente, salir de sus históricos traumas y complejos, pero la emergencia rápida de una filosofía del derecho homologable con la europea y la mejor latinoamericana corrió de la mano de Elías Díaz. Pensemos en su impulso inicial a la investigación de Manuel Atienza, que concluyó en su *Filosofía del derecho actual en Argentina* (1976). O valoremos los estudios que dirigió sobre Norberto Bobbio, Robert Nozick, Jürgen Habermas, Hannah Arendt o Michel Foucault, que se tradujeron en diversas publicaciones. U observemos la fructuosa alianza universitaria de filosofía del derecho, moral y política, fraguada con Javier Muguerza principalmente, aunque frustrada en un tiempo limitado. Pero, para que todo esto llegara, tuvo que darse un muy duro camino académico y político que el semblante de Elías Díaz parece reflejar en la portada de esta valiosa entrevista –el prefiere hablar más sociológica y clásicamente de «encuesta»–. Un semblante de testigo riguroso –y no carente de sentido del humor, para quienes le conocemos bien– de nuestro tiempo, de la historia contemporánea española.

Declarado poco partidario de «estar a la última» en las publicaciones, Elías Díaz reunió todos los materiales de su propio camino filosófico jurídico y político para dar con lo que él autodenomina su «realismo crítico» y mantener una curiosidad amplia. Una de las posiciones metodológicas que más descarta es la supuesta neutralidad valorativa. Ni comparte la neutralidad que

se concede un naturalismo ontológico, absorbido por valores absolutos, ni concede tregua crítica a un formalismo metodológico que pretenda distanciarse de los valores y depurar el lenguaje hasta suponerlo objetivo. Como Elías Díaz hizo de la sociología su campo de batalla –con el reconocimiento consiguiente de fuerzas, luchas, intereses, ideologías...–, no le podrá extrañar que le vincule con el más sensato punto de vista metodológico de Max Weber, tanto en su mirada para ver el mundo social como en su posición para intervenir en él. Elías Díaz no comparte el liberalismo antimarxista propio del sabio de Heidelberg (el libro refleja una posición muy matizada con el marxismo y un conocimiento riguroso de lo que la izquierda en el gobierno decidió acometer sobre este asunto clave). Sí participa, en cambio, de una «ciencia libre de valores», ajena a la neutralidad valorativa. Así es porque «estar libre de valores» supone no investigar para los intereses políticos de gobierno y explicitar cuáles son las elecciones valorativas que orientan la investigación. No admite el trágala de los datos económicos como justificación de políticas supuestamente técnicas pero de fondo ideológico. Comparte con Weber la convicción de que cuando se sale de la mera empiria (económica), se está ante la elección valorativa de los fines políticos colectivos. A lo largo de esta entrevista en profundidad, Elías Díaz va explicitando de forma clara, sugestiva y muy coherente las posiciones metodológicas y la elección de sus temas de estudios, siempre dentro de un contexto vital –personal, universitario, histórico y social–. Sus posiciones son propias de un socialismo liberal, arraigado en la Institución Libre de Enseñanza –«edad de plata» del pensamiento español–, que no adopta una forma partidista pero está cerca, como consejero y testigo de excepción, del surgimiento y gobierno del PSOE. ¿Por qué su posición puede observarse como weberiana a pesar de que Elías Díaz no padece «visceral antimarxismo»? Porque adopta una posición «regeneracionista» en España, cuando salimos del dismantelamiento social y económico y el vaciado político, propiciado por el régimen de Franco. El papel de un intelectual progresista converge con la regeneración intelectual y universitaria. Así ocurre con el equipo de trabajo de la Universidad Autónoma de Madrid: conmueve el aprecio y la estima académica con que nos trata en estas páginas, no solo a la primera generación –formada por Francisco Laporta, Liborio Hierro, Virgilio Zapatero, Manuel Atienza, Alfonso Ruíz Miguel, Eusebio Fernández, Joaquín Almoguera y Ángel Zaragoza– sino también a los más recientemente incorporados. E, igualmente, su labor intelectual coincidió con el trabajo jurídico político –como asesor constitucional de primera mano de Gregorio Peces-Barba en la redacción definitiva del Título VIII y del artículo 1.1 de la Constitución de 1978–, entre otros, en este hombre que parece multiplicarse por cien. Todo sea dicho, no hay gran hombre sin detrás una gran mujer y el lector de esta entrevista tiene que tener siempre presente a Maite Villar, su mujer y experta filóloga inglesa, figura de mujer guerrera en el mascarón de proa de la nave de Elías Díaz, compañera muy valiosa de todas sus singladuras.

Quizás sea Elías Díaz el pensador jurídico político español contemporáneo más estudiado en tesis doctorales, homenajes, doctorados «honoris causa» y estudios sueltos de sus múltiples discípulos (*Doxa*, *Anthropos*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, *Revista Jurídica de la UAM*, entre otros muchos centros y medios). También él ha dado cuenta de su singular itinerario intelectual por el pensamiento práctico –social, jurídico y político– tanto sistemático como histórico en diversas ocasiones (esta «encuesta» se cierra con una bibliografía de quince obras del autor mencio-

nadas en el diálogo). Elías Díaz ha desenvuelto un auténtico relato de su vida a la manera de Thomas Mann. Pero estas páginas de la *Autobiografía en fragmentos* dan cuenta de forma sintética de esta vida, auténtica novela de aprendizaje –dura y feliz– como en ninguna ocasión anterior. Como su evolución como pensador se abre paso frente al franquismo, de la mano de la mejor tradición socialista y liberal de los pasados siglos XIX y XX, el mérito de este libro es ilustrar, como nunca, nuestra procedencia como universitarios e investigadores en el vector de esta vida intelectual rica y prodigiosa en éxitos y merecidos reconocimientos. Que nadie se llame a engaño no es un deficitivo balance: Elías Díaz apunta proyectos por hacer, así escribir sobre el poliédrico Jesús Aguirre y advierte que se desmarcará del admirable Manuel Vicent. En nuestro país no es tan frecuente la conversación intelectual en forma de libro como en Francia, ni la biografía intelectual como en Inglaterra. Por eso, esta «biobibliografía» histórica es tanto más necesaria para rescatar un género que debiera prodigarse más con otros pensadores.

De tanta información como reúne esta entrevista en profundidad, el lector podrá seleccionar unos u otros pasajes y periodos por más interesantes. No le van a faltar sugerencias. A mí me han chocado mucho dos pasajes por reveladores del talante de Elías Díaz. Uno referido a la personalidad dialogante y crítica compartida con su amigo Francisco Tomás y Valiente. El «Tenemos que hablar» del gran historiador del derecho, que queda prendido al teléfono de una conversación cortada por el intransigente asesino de ETA. Un imperativo de diálogo que trasciende la coyuntura presente –creo yo un artículo poco antes publicado por D. Francisco sobre Joaquín Ruiz Giménez– para quedar como obligación moral de siempre. Ese «Tenemos que hablar» es un «mensaje a todos los ciudadanos» que requiere hacer del trabajo historiográfico y filosófico un esfuerzo por «comprender el presente» en vez de alumbrar «libros muertos». Como aquel magnífico Presidente del Tribunal Constitucional logró, Elías Díaz desarrolló todo su trabajo historiográfico y teórico como un esfuerzo por superar el dramático pasado español con una organización jurídica y política justa. Después de todo, *Autobiografía en fragmentos* cierra con un desiderátum tras repasar intensamente su aportación a la Filosofía del Derecho: «(...) todos sabemos que la vida sigue y que la filosofía (ética, política y jurídica) sigue también. Habrá que hacer lo posible (e imposible) para que ambas sean hacia «lo mejor (...)» (p. 150). Pero, ¿de dónde surge esa conciencia crítica con los conciudadanos? El siguiente pasaje sorprendente, para mí, es su dialéctica con Unamuno. Todos los que le conocemos sabemos que el diálogo con Elías Díaz es ameno pero no fácil, pues descubrirá dislates en muchos de las locuciones de su interlocutor. Su pensamiento es tesis pero, para mí, fundamentalmente, es antítesis. Prueben con una simple llamada de teléfono. Por eso, aunque el pensamiento de Elías Díaz encierra toda una propuesta ética y política fuerte, es particularmente interesante la negación y redención última de su querido y contradictorio Rector (casi perpetuo) de la Universidad de Salamanca. Tras negar el «trascendentalismo espiritualista» que todo lo impregna y su liberalismo resistente a la democracia necesaria en su época, Elías Díaz subraya que a Unamuno le faltó tiempo de vida para que su toma de conciencia histórica irrumpiera más racional y críticamente frente a los presagios terribles de la guerra. También la conciencia de Elías Díaz es histórica y parte de la niñez pasada en la guerra civil española. Siempre nos recordó sus primerísimos años bajo los bombardeos. Si Unamuno es la negación que se afirma al negarse a sí mismo en extremo, la Institución Libre de Enseñanza es, para Elías Díaz, la afirma-

ción simple y llanamente. En estas breves pero muy intensas páginas, estudia sus espléndidos orígenes y sus rápidas aportaciones para superar el erial español. Las aportaciones de sus grandes hombres fueron rápidas y generosas. E insistir en la rapidez de sus efectos no es baladí porque Joaquín Costa subrayó que, transcurrido el dramático siglo XIX, ya no quedaba tiempo para la vía educativa de un pueblo muy atrasado culturalmente y solo cabían urgentes y drásticas medidas políticas para salvarlo. La guerra fratricida vendría de nuevo –según el «león de Graus»– y todos acabaríamos, indefectiblemente, a bastonazos. A pesar de esos presagios confirmados, el prisma del krausismo acompañó la visión social de Elías Díaz siempre, incluso, en su riguroso análisis de la cultura española bajo el franquismo, más allá, también, de su ineludible dimensión ética, jurídica y política.

La biografía intelectual de Elías Díaz arraiga en la historia social y política de nuestro país. Una historia de guerras, hambre, pobreza, penuria cultural, censura y represión religiosa en su infancia, partida entre los bombardeos de la guerra (in)civil y la cotidiana presencia de los nazis de la segunda guerra mundial en Salamanca. Elías Díaz habría de sobreponerse personalmente a esta Salamanca excluyente de los «desafectos» y los «no afectos» –cargada de historia humanista pero, entonces, ciudad opresiva y oscura– como un buen estudiante brillante (1951-1956) en Salamanca, un becario provechoso del estimulante Colegio Mayor César Carlos (1958-1965) en Madrid, un investigador en formación en Italia y Alemania, y, siempre, un muy curioso lector. Y esto último es importante. Por encima de los expedientes académicos, me consta que Elías Díaz tuvo siempre especial predilección por los estudiantes leídos más que por los que obtenían matrículas. A partir de las revueltas estudiantiles de 1956, el discipulado de Joaquín Ruiz Giménez y la admiración por Enrique Tierno Galván demedian a Elías Díaz. Pero aquel estudiante era un crítico del régimen franquista, que siguió su itinerario dentro de un eje contestatario que enlaza la generación de 1956, la de 1968 y la transición y reconstrucción de nuestra democracia a partir de 1975. Si en la Universidad tuvo que batallar con el insidioso poder del ultracatólico Francisco Elías de Tejada y Espínola –«no se empeñe usted Elías, mientras esté yo, usted nunca será catedrático», le decía–, en el exterior padeció el confinamiento en Villargordo; la retirada de *Estado de Derecho y sociedad democrática* (1966), concebida por Manuel Fraga, que paradójicamente le dio la felicidad de la popularidad; el procesamiento de su promovido número de *Sistema* dedicado a Pablo Iglesias; y un corto exilio norteamericano en el que hizo de la necesidad política virtud investigadora. Las vicisitudes universitarias en el franquismo le condujeron por un peregrinaje a Oviedo y Valencia, donde este hombre afable tuvo el calor o la amistad de Manuel Atienza, Manuel Broseta –asesinado por ETA–, Joan Fuster, Juan Antonio García Amado o el propio Gustavo Bueno. No será ocioso recordar que antes de las oposiciones de la LRU y de las acreditaciones, más pacificadas, hubo oposiciones que fueron contiendas donde también se fraguaron simpatías como la de Elías Díaz y Juan José Gil Cremades. Las trabas franquistas a un universitario podían forjar un amistoso reconocimiento como el que tuvo con Eduardo García de Enterría en la salvaguardia de los recursos administrativos. Y Elías Díaz se refiere con pesar pero también con orgullo a sus oposiciones universitarias, de donde sale, finalmente, victorioso pues supera las heridas y resulta, después de todo, ileso.

La lectura deja la sensación de unos años duros de persecución pero también de unas envidiables amistades: Enrique Múgica Herzog, Luis García

San Miguel, Jesús Aguirre, Julio González Campos, Roberto Mesa, Raúl Morodo, Jesús Ibáñez, Alfonso Ortí, Gonzalo Rodríguez Mourullo... Me consta que Elías Díaz tuvo como un especial amigo muy joven a Enrique Ruano Casanova (1947-1969) al que sacó escondido en su Seat 600 blanco de un control policial en la UCM, antes de que, días después, fuera asesinado. También estas páginas recrean una amistad transversal, de la oposición plural –cristianos y socialistas confluyendo en el liberalismo y la democracia–, frente al franquismo, bajo el paraguas protector de los *Cuadernos para el Diálogo* (1963-1978) de Don Joaquín Ruiz-Giménez. Uno de los méritos de estas entrevistas es reconstruir y esclarecer todo el entramado de relaciones personales, grupales y partidistas que posibilitó la revista como unidad variada hasta que comiencen las bifurcaciones a partir de 1969. Estas entrevistas recogen un estudio meditado de los *Diarios de una vida, I* (1967-1978) y *II* (1979-1988) de Joaquín Ruiz-Giménez (Introducción de Teresa Rodríguez de Lecea, Coordinación de Itziar Ruiz-Giménez Arrieta y Fundación Gregorio Peces-Barba, Madrid, Cortes Generales y Defensor del Pueblo, 2013, 2015, 876 y 899 pp.), que le permite a Elías Díaz, por ejemplo, apreciar las preferencias de su maestro por *Cuadernos para el Diálogo* sobre su presidencia de la Democracia Cristiana. *Cuadernos para el Diálogo* se abrió, finalizados los sesenta, a una «concordia discordante» –en expresión de Javier Muguerza– adecuada a la próxima elaboración del texto constitucional en nuestra transición política.

Las preguntas de Benjamín Rivaya dan oportunidad al autor de reflejar hasta qué grado *Estado de Derecho y sociedad democrática* (1966) fue la viga maestra de la variada y compleja obra de Elías Díaz. Siempre se ha distanciado del constitucionalismo y el neoconstitucionalismo por la preeminencia que conceden al poder judicial y su interpretación de la Carta Magna en detrimento del poder legislativo como sede legítima de la soberanía del pueblo. Cierto es que Elías Díaz dio prioridad a esta soberanía democrática sobre el «imperio de la ley», como le señala Francisco Laporta. Pero el Estado de Derecho, y no la Constitución, encierra, para Elías Díaz, a todas las formas de Estado (Estado social y democrático de derecho, Estado constitucional, Estado administrativo, Estado legislativo,...) y a las formas de gobierno meridianamente posibles (monarquía y república). La definición y defensa del Estado Democrático de Derecho es uno de los ejes del pensamiento de Elías Díaz. Pero en *Autobiografía en fragmentos* encontramos la intrahistoria del secuestro y del impacto que tuvo y tiene este libro (dieciséis ediciones desde 1966). Para unos, un «libro vidrioso», para otros, un regalo, incluso, de novios. Todo un clásico, que ya cumplió su cincuenta aniversario (2016). Del largo y significativo prólogo a la obra colectiva *Crítica del Derecho natural* (1966) a la edición de *Sociología y Filosofía del Derecho* (1971), fue desmenuando un desmantelamiento del iusnaturalismo ontológico tradicional y una crítica del positivismo «neutral» en aras de una Filosofía del Derecho que también fuera crítica social y fundamentación histórica y racional del Estado de Derecho. A Elías Díaz le decepcionó enormemente la indiferencia científicista de Charles Perelman con los iusfilósofos que se le acercaron en el Congreso Mundial de Filosofía del Derecho de Madrid, para que apoyara al antifranquismo español con una firma en un manifiesto político crítico. El gran argumentador del derecho no tuvo a bien firmarle una petición a Joaquín Ruiz-Giménez en el mismo día del golpe de Estado en Chile (Septiembre de 1973). Más allá de la significativa anécdota, Elías Díaz no participó nunca de tales neutralidades científicistas. Su antiformalismo es histórico y no solo

racional. Es todo un movimiento intelectual paralelo a la negación de la *reductio ad Hitlerum*. En este giro socialmente comprometido de Elías Díaz, Kelsen, Hart, Bobbio y Treves fueron metodológicamente imprescindibles: ni neutralidad, ni acriticismo en la teoría del derecho futura. Nada sin la filosofía analítica pero todo con algunas de las corrientes críticas que le son ajenas, parece su divisa.

Con el bagaje de esta experiencia, su recuerdo fresco y su sólida formación, emprende, en esta *Autobiografía en fragmentos*, un balance y un diagnóstico de la transición, injustamente denostada, y de los nuevos retos y desafíos ante los que nos encontramos. Elías Díaz también apunta hacia el futuro pero sin echar al niño limpio con el agua sucia por el desagüe. Nos recuerda algo que lleva razón en suponer no se ha destacado suficientemente: el contexto conservador internacional en que se dio nuestra Constitución. Algunas de sus limitaciones e, incluso, deficiencias no son queridas por el constituyente sino necesarias históricamente. Se constituye en plena revolución neoconservadora y retroceso de los derechos sociales. La Constitución del 78 tiene más luces que sombras pero debe ser reformada para extender y profundizar los amenazados derechos sociales. Si no, la brecha entre nuestra Constitución y la realidad económica y social se hará insalvable. El viaje final, pero no el último que queda sin escribir, se hace en el recuerdo de la experiencia constitucional de su estrechísimo amigo Gregorio Peces-Barba. No hay recetas de navegación en esta incierta travesía pero sí una dirección ya apuntada constitucionalmente pero, aún, subrayable: Estado social (con límites a la economía capitalista), Estado laico (en vez de aconfesional) y Estado federal (decidido y no tentativo). Somos un resultado histórico y es un ignorante quien pretenda cortar con su historia con infantil deseo de novedad. Quien ignora el pasado desconoce las pluriseculares y mayúsculas cargas puestas al progreso histórico por la Iglesia, primero, al derecho de sindicación, al sufragio universal y a la libertad de expresión y de conciencia; y, ahora, al divorcio, la eutanasia, el aborto o el matrimonio entre homosexuales. También abundan los desconocedores de las dificultades constituyentes que trabaron a los intentos federalistas. Elías Díaz ha sido firme crítico del secesionismo implantado desde 2010 y 2012. No zozobra en atribuir dimensiones de golpe de Estado independentista a lo perpetrado en el Parlamento catalán. Y creo que esta firmeza marca distancias con el PSOE que me hubiera gustado leer. Así lo afirmo porque tengo mis dudas entre el diálogo –del que mi amigo Juan Antonio García Amado me previno airada y certeramente– y la confrontación con el catalanismo y me las hubiera podido aclarar. Respecto del Estado social, Elías Díaz es un partidario decidido de más Estado. No tiene ninguna «fobia del Estado», de ahí su *De la maldad estatal y la soberanía popular* (1984) como diatriba con las paradojas coincidencias de neoliberales y radicales marxistas contra el Estado como mecanismo factible de igualación económica y social. Elías Díaz es partidario de poner límites políticos a las imponderables, hasta hoy, reglas desiguales del capitalismo. Para Elías Díaz, frecuentemente, el omnipotente mercado», en vez de la política, la ética y el derecho marcan la agenda pública sin discusión posible, es decir, autoritariamente. Y no reconocerlo así no es sino «simplista ligereza». La disposición política socialista liberal o socialdemócrata de Elías Díaz es inmovible a los atropellos del capitalismo.

Pero no me pidan «neutralidad» en el repaso crítico de este libro inagotable. Juan Carlos Onetti señaló que los hechos son siempre vacíos, son como recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llene. Solo aspiro a

ser amigo del profesor Elías Díaz y, a esta altura de nuestras vidas, incorporarme a la primera línea de sus amistades académicas y de la calle. Esto no va a ser tarea fácil y deberé hacer muchos más méritos en el futuro. Quien no pretenda aspiración tan humana como la mía podrá luchar, levantarse del sitio de lectura, gritar, reírse, pues también hay humor, o asentir reflexivamente a tantas razones bien asentadas en este libro. La erudición y bonhomía de Benjamín Rivaya, a quien se debe esta ejemplar conversación, saben de qué hablo. Las mías, mis razones, matizaciones, aseveraciones o aspectos resaltados de este libro muy rico, solo son pascalianas «razones del corazón que la razón no comprende» con un viejo maestro y amigo. Nada más y nada menos. ¡A ver, Elías, si nos vemos pronto!

Julián SAUQUILLO